

DESDE LATINOAMÉRICA

(Versión abreviada por Vuelta de la transcripción mecanográfica de la intervención de Vargas Llosa, en inglés originalmente)

MARIO VARGAS LLOSA

HE DISFRUTADO MUCHO estas sesiones sobre el estado de la literatura de distintos países y culturas. Y, supongo que como todos, he comparado lo que iba escuchando con el estado de la literatura de mi país, con América Latina en su totalidad, y me he preguntado acerca de las paradojas de la historia y de la literatura. Hace 20 o 25 años, cuando el escritor latinoamericano se las arreglaba para que lo invitaran a un congreso internacional, nadie le ganaba en el papel de gran víctima del mundo literario; nadie podía presentar una descripción más trágica de la situación del escritor. Pero este papel nos ha sido robado; hoy los escritores de los países desarrollados son las verdaderas estrellas del infortunio en el mundo literario. ¿Cómo podemos los latinoamericanos —ya, de cierta manera, las estrellas del ámbito literario internacional— competir con nuestros colegas alemanes, por ejemplo cuando los escuchamos describir el desvanecimiento de la literatura a causa de una indigestión de prosperidad y reconocimiento? ¿o con nuestros colegas italianos, cuando pintan esa desilusión de la literatura y la caída en la frivolidad? Pues bien, me apena decir que en América Latina la literatura no anda tan mal. Es verdad que, desgraciadamente, tenemos problemas. Tenemos un Pinochet que sigue matando gente y haciendo la vida muy difícil a algunos escritores, y Castro sigue ahí. Pero, en general, diría que la literatura en América Latina es mejor que antes. Tenemos más libros literarios publicados que nunca. Jamás en nuestra historia hemos tenido tantos lectores de buena literatura ni tantos escritores a pesar de que, desde luego, existe mucho analfabetismo y mucha pobreza y que la literatura llega apenas a un sector de nuestra sociedad; diría que nunca en el pasado ha significado la literatura tanto para tanta gente en Latinoamérica. Y nunca en el pasado han tenido los escritores semejante presencia en la vida cotidiana y en la vida histórica en América Latina. ¿Es esto bueno o malo?

Es curioso; nos enfrentamos por primera vez (especialmente en los países latinoamericanos que han llegado ser democráticos y gobernados por civiles) a problemas que ustedes en Europa y Estados Unidos tuvieron en el pasado y que nos parecían muy exóticos. Por ejemplo, este reconocimiento oficial de los escritores, en países donde hace 20 años eran suprimidos, censurados, a veces exiliados y aun matados; y donde hoy son invitados a participar en todo tipo de institución oficial y víctimas de un alud de invitaciones sociales. Puede ser muy destructivo para la literatura, aunque a veces sea bueno para los escritores. Tengo la impresión de que, particularmente en el campo de la creación, nuestra literatura está sufriendo el reconocimiento y la oficialización de algo que nunca puede ser oficializado sin ser perjudicado. Así nuestra

situación es paradójica. Antes éramos los rebeldes; nos sentíamos, como escritores, los grandes antagonistas de nuestra sociedad; pero, por lo menos de un punto de vista social —y en muchos casos político—, este papel ya no nos está permitido. Quiérase o no, poco a poco las sociedades nos están comiendo.

No es una experiencia totalmente nueva para los escritores en Latinoamérica. Desde que ocurrió el fenómeno del *boom*, me he preguntado qué razón hay para que la literatura se volviera tan importante. No pienso en el reconocimiento de la literatura latinoamericana en el extranjero; pienso en el lector latinoamericano. ¿Por qué nos leen? ¿Por qué están tan preocupados por lo que estamos haciendo? ¿Qué clase de alimento les estamos proporcionando? Me intriga, y supongo que también a otros escritores latinoamericanos.

Sé lo que a mí me da la literatura. Creo que a través de ella puedo entender la vida mucho mejor; que, a causa de mi vocación, todos los problemas que experimento en la vida se vuelven positivos. Aun las experiencias más negativas y horribles de alguna manera se transforman, porque mi vocación es algo que me da razones para vivir y hacer cosas y esperar. Me parece que esto es lo grande de la literatura. Pues bien, me pregunto si no es lo mismo lo que ha pasado con la literatura, no desde el punto de vista del escritor sino desde el punto de vista del lector. Y, en este sentido, me gustaría plantear de nuevo el tema de la mentira en la literatura.

Estoy convencido de que la narrativa latinoamericana nos ha dado muchas obras interesantes en las últimas décadas y, quizás, algunas obras maestras. ¿Cuál es la relación de estas obras maestras con nuestra realidad? ¿Son obras maestras porque son descripciones de nuestro mundo, retratos de nuestra manera de vivir; de nuestras costumbres? Yo diría que no, a menos que incluyamos en esta descripción de la realidad no sólo la realidad objetiva sino la subjetiva, es decir, la irrealidad, sus fines, sus demonios, todo el mundo alternativo creamos como una reacción ante todo lo que no nos gusta o que nos hará daño en la realidad. En este sentido lo que creamos en nuestras ficciones es diferente de lo que realmente tenemos, de lo que la vida es para nosotros. Si no fuéramos capaces de hacer real algo que no existía previamente, algo que creamos de nuestros deseos más secretos y de las frustraciones y resentimientos con la realidad, la literatura de creación no existiría; nunca trascendería la categoría de un documento de la realidad, es decir, de historia o periodismo. La literatura, de hecho, es una extraordinaria distorsión de la vida real. Una distorsión que no es gratuita, que tiene sentido, un sentido reconocido o percibido de una manera a veces muy

inconsciente e instintiva por los lectores, a los que les da una razón para introducir modificaciones en la vida real y cambiar la realidad en una dirección. Sólo de esta manera las mentiras que son la literatura se vuelven verdades, comienzan a formar parte de la realidad.

No creo que me explique claramente...pero si uso un ejemplo, a lo mejor se vuelve más claro. Hay un escritor del siglo XVIII que me gusta mucho. Desgraciadamente, ya no es popular, ni creo que se lo considere una figura literaria importante. Me parece que los historiadores lo leen más que los literatos. Le Roy Ladurie, por ejemplo, lo ha elogiado mucho, pero como un hombre que proporcionó mucha documentación sobre su época. Me refiero a Restif de la Bretonne. Era un gran novelista. En su vasta obra la vida del siglo XVIII, campesina en su mayoría, está pintada con maravilloso detalle. Se podría decir que era un escritor realista, un periodista que usó la literatura. Pero no es cierto, porque en esta descripción objetiva de la realidad hay un elemento, uno solo, que lo cambia todo. Y ese elemento son las palabras, que pintan siempre a Restif de la Bretonne como un caballero, siempre, sin excepción: alguien que se enamoraba de una dama no por la belleza de su cara ni por la delicadeza de sus muslos, ni por su inteligencia ni el brillo de su espíritu, sino por el tamaño de sus pies y zapatos. Es una transformación muy pequeña, una transgresión mínima de la realidad, pero que desde luego cambia todo. En la verdadera realidad, los hombres como Restif, con esa fantasía, ese tipo de fetichismo inocuo, forman una minoría muy reducida. Lo que Restif de la Bretonne hizo es cambiar el mundo. No podía cambiar el mundo real, así que cambió el mundo que escribía. Produjo una identificación, una transformación de la realidad. Creó un mundo donde lo que es anormal en el mundo real se vuelve normal. Se vengó así del mundo donde lo que él era no se aceptaba, y a través de este mecanismo se volvió aceptable ante el mundo.

Pues bien, tengo la impresión de que todos los escritores de ficción hacen exactamente lo mismo. A veces de una manera muy inconsciente y la mayoría de las veces de una manera muy diferente, no tan explícitamente, no tan obvia, lo que hacen cuando escriben novelas es intentar cambiar el mundo, y esta transformación está íntimamente ligada a las experiencias negativas que el mundo real, que la vida real les causa. Cuando uno lee la novela latinoamericana contemporánea, esto se hace bastante evidente. Las fantasías extraordinarias que hemos inventado en las últimas décadas muestran nuestros problemas, desde luego, pero más probablemente todos nuestros fantasmas, nuestros grandes apetitos, como el del apocalipsis, por ejemplo, o el del melodrama. Hay un reconocimiento y una identificación inmediatos de nuestros lectores con estas fantasías, que no son descripciones de la realidad de una manera objetiva, pero que son muy verdaderamente descripciones de la realidad de una manera subjetiva y espectral.

En este sentido me atrevo hablar sobre algo que dijo John Updike, un escritor que admiro mucho: que los escritores no son conductores de la verdad en el sentido de la verdad establecida, reconocida, de un punto de vista moral, político, y social, sino a través de las mentiras que ofrecen, que ayudan a la gente a descubrir su propio espectro, su propio demonio. Creo que a través de estas mentiras algo de la verdad se escapa. Pero algunas verdades no necesariamente coinciden con las verdades religiosas, morales, o políticas de la época. En muchos casos, las contradicen. Y esto es lo que hace de la literatura algo soberano, algo específico y esencialmente distinto a las ciencias o disciplinas descriptivas de la realidad como son las ciencias sociales.

